

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Recolección formal e informal en la ciudad de Buenos Aires: la “quema” de Parque Patricios (1860-1917) y la “quema” del Bajo Flores (1920-1977).

Paiva, Verónica y Perelman, Mariano.

Cita:

Paiva, Verónica y Perelman, Mariano (2009). *Recolección formal e informal en la ciudad de Buenos Aires: la “quema” de Parque Patricios (1860-1917) y la “quema” del Bajo Flores (1920-1977)*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1090>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ehyf/vMY>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Recolección formal e informal en la ciudad de Buenos Aires: la “quema” de Parque Patricios (1860-1917) y la “quema” del Bajo Flores (1920-1977)

Verónica Paiva y Mariano Perelman

Introducción

Las investigaciones en torno a la recolección de los residuos, lo mismo que las del “cirujeo”, han sido muy poco abordadas desde la perspectiva histórica.

En pos de profundizar sobre esta historia, el trabajo que aquí presentamos tiene por objetivo analizar las modalidades que tuvo el cirujeo en la ciudad de Buenos Aires, en dos momentos históricos; entre 1860 y 1917 focalizándonos en el “barrio de las ranas” en Parque Patricios, y entre la década de 1920 hasta fines de la década del '70, centrándonos en el “vaciadero del Bajo Flores”, ubicado en los barrios de Flores, Villa Soldati y Villa Lugano. Se trata de dos etapas en que los “cirujas” estuvieron agrupados en “barrios” y en los que el lugar de vida y el de trabajo eran los mismos.

Las fuentes utilizadas fueron, centralmente, memorias municipales, artículos periodísticos, fotografías y la historia oral especialmente para la última etapa en pos de complementar las pocas fuentes existente. Se examina los sitios en donde estaban ubicados dichos barrios, los sistemas de gestión pública de los desechos prevalecientes en cada etapa, las formas en se practicaba el cirujeo, quiénes y cómo vivían sus protagonistas, intentando, esencialmente, que estas dimensiones permitan reflexionar sobre el siguiente interrogante ¿en qué medida el sistema formal vigente en cada época contribuyó a configurar las modalidades que asumió el cirujeo en cada época?

Para dar cuenta de este asunto, nos referiremos, en primera instancia a la “quema” de Parque Patricios y, en segundo lugar a la del “Bajo Flores”.

Alejando las basuras de las calles porteñas

La creciente y rápida urbanización que experimentó la ciudad durante el siglo XIX hizo que los “huecos” (terrenos baldíos) dónde se arrojaba la basura quedasen ubicados en áreas céntricas, lo que provocó la búsqueda de otros sitios y otros métodos de tratamiento.

Ante el incremento de la cantidad residuos y el alto costo de su tratamiento, desde 1861 la Municipalidad empezó a contratar con particulares para que trataran la basura, según la siguiente metodología. Los empresarios debían recolectar y recuperar los elementos comercializables (muebles, huesos, trapos, papel) y deshacerse de lo inservible a través de la quema, con un aparato de hierro muy sencillo, inventado por Domingo Cabello en 1859.

Sin embargo, ante las quejas recurrentes de los vecinos por la quema en una zona céntrica, se buscó un lugar en los suburbios de la Ciudad y se encontró uno en el suroeste, despoblado y apartado, en tierras de muy bajo valor económico, inundables, y lejanas al centro.

Estaba ubicada entre el Camino de las Cincas (Av. Amancio Alcorta), el Paso de Burgos y el Puente Alsina; las estribaciones de los Altos de la Convalecencia (inmediaciones de la actual Vélez Sarfield); el Riachuelo y la actual Av. Sáenz.

Desde 1860 comenzó a funcionar “de hecho” como sitio para la quema de residuos, hasta 1873, que se inauguró formalmente. Desde ese año comenzó a utilizarse el método inventado en 1872 por el Administrador General de Limpieza Pública, Angel Borches, consistente en la “quema al aire libre”. Allí, se colocaba la basura en “parrillas de hierro, en donde se las quemaba a fuego lento”, sin otro tratamiento final más que la incineración a cielo abierto.

Para la misma época se construyó un ramal del Ferrocarril Oeste que se desprendía de su línea principal a la altura de la actual calle Agüero, y llegaba hasta el Riachuelo. Allí se instaló la estación del mismo nombre, luego denominada Ingeniero Brian. Fue conocido como “el tren de la basura” y surcaba las actuales calles: Sánchez de Bustamante, Sánchez de Loria, Oruro, Deán Funes y Zavaleta.

Dado el incremento de la cantidad de residuos se construyó un embarcadero para depositar las basuras hasta tanto fueran llevadas a la “quema”. Dicho lugar, luego conocido como el “vaciadero”, fue ubicado entre las actuales calles Rivadavia, Sánchez de Loria, Hipólito Irigoyen y Esparza.

La basura quedaba estacionada durante horas en los vagones hasta que el tren partía, lo que provocaba quejas de los vecinos por los olores, la suciedad y la dificultad para transitar por la zona y por la aparición de sujetos en busca de materiales reutilizables, ya que el “cirujeo”, no sólo aparece en la “quema” sino en el camino hacia ella¹. Con el

¹ Mariano Perelman, *El cirujeo en territorios acotados*, 2008 (mimeo).

cierre del tren, en septiembre de 1895 los carros recolectores comenzaron a extender sus recorridos para cubrir el tramo que antes hacía el tren, llegando hasta el basural. Martín² describe que “[el carrero] sólo a base de gran vaquía podía mantener con firmeza las riendas, en una mano y con la otra, amagar a latigazos a los “culateros”, denominación especial del “ratero” que por la culata trepaba para sustraer, con increíble celeridad, algo de lo celosamente separado por el conductor con intenciones de pignoración”.

A la “quema” llegaban todos los desperdicios de la Ciudad y allí se separaban trapos, vidrios, lana, papeles, maderas, estiércol, restos de alimentos, que eran separados antes de la quema de lo no reutilizable. Otros elementos, como los huesos y los animales muertos eran usados en el sitio mismo de la quema. Se transportan en bolsas hasta unos galpones donde se les sometía a la cocción por el vapor para extraerles la grasa.

En trabajos previos analizamos las características de la “quema” y los roles que cumplían los “cateadores”³. Un primer grupo de “raneros” realizaba la selección gruesa, “otro personal” se encargaba de la separación específica - según “tipos” de materiales - y por último, un tercer grupo de hombres se ocupaba de custodiar los residuos acumulados por el resto de “cateadores”⁴.

Si bien las fuentes no permiten precisar suficientemente el asunto, pareciera que este sistema de separación de desechos reutilizables era el “oficialmente” adoptado por la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, que realizaba contratos con empresarios particulares para separar los residuos, antes de su tratamiento en las parrillas. Por lo menos, así lo indica un informe realizado por la Comisión de Estudios de la Basura, en 1899, que establece que “hasta hoy, la municipalidad ha enajenado, mediante una retribución mensual exigua, el derecho a explotar las basuras a empresarios que la someten a un régimen de explotación abominable, eminentemente peligroso para la vida de los trabajadores empleados en la separación de los elementos utilizables y de la salud pública en general”⁵.

Según este método, los “peones” se dedicaban a la separación de los residuos a los que extraían materiales con algún valor. Luego de ello, se amontonaban en parrillas de incineración, donde se las quemaba.

² Luis Martín, “El barrio de las Ranas y el Barrio”. *Ateneo de Estudios Históricos “Parque de los Patricios”* 15, 1973pág. 7.

³ Verónica Paiva, “Modos formales e informales de recolección y tratamiento de los residuos. Ciudad de Buenos Aires. Siglos XVI al XX” en *Crítica* N° 148, IAA

⁴ Caras y Caretas N° 16, 1899.

⁵ Antonio Piñero, Carlos Echagüe y Francisco Lavalle, “Tratamiento y eliminación de las basuras. Informe teórico práctico de la Comisión especial” en *Anales de la Sociedad Científica Argentina* N° 59, Sociedad Científica Argentina, 1905, pp 12-13.

Pero en la “quema”, no sólo realizaban su actividad dichos “peones”, también hombres, mujeres y niños que reproducían sus condiciones de existencia a partir de los residuos hallados en el sitio.

A partir de esta situación, en los contornos de la “quema” comenzó a formarse un barrio, llamado “de las ranas o de las latas”, que existió aproximadamente hasta 1917 y puede ser considerado el primer asentamiento compuesto por cirujas.

El barrio de las Ranas

El nombre del barrio “de las ranas” o “pueblo de las latas”, fue por la presencia de estos animales en la zona y por el tipo de construcción de las casas de los que allí vivían. Es difícil precisarlo en tiempo y espacio.

Según Guevara⁶ surge hacia 1885 y puede ser considerado el primer asentamiento informal de la ciudad de Buenos Aires. En cuanto a su ubicación, establece su epicentro a la orilla del Riachuelo, cerca de la calle Zabaleta, finalizando en el basural.

Gobello⁷ plantea que la calle Cinas-Cinas (avenida Amancio Alcorta) era el límite del barrio. Agrega que si bien de Caseros abajo (hacia el Riachuelo) todo quedaba involucrado en la denominación “peyorativa” de barrio “de las ranas” o la “quema”, el “barrio de las ranas propiamente dicho se extendía sólo (...) por unas pocas manzanas, circunscriptas al norte por la calle Cinas-Cinas; al sur, por las vías de la ex Compañía General y, al este y al oeste, por las calles Colonia y Monteagudo, respectivamente.

Según Martín⁸ el centro del pueblo era la imaginaria prolongación de las calles Colonia y Zavaleta en las cercanías de la avenida Alcorta. Desde allí, desparramadas al azar, se desperdigaban los “chalets de lata”, llegando, por el este, hasta la prolongación de la avenida Entre Ríos y por el oeste hasta cerca del camino “de Gowland”, actual avenida La Plata.

En cuanto al origen de los habitantes de la “quema”, algunos pobladores parecen haber tenido origen indio. En la memoria municipal de 1878 puede leerse el pedido de administrador de Limpieza proponiendo contratar un “número de indígenas, los que con el tiempo podrían llenar las diferentes funciones anexas a este

⁶ Celia Guevara “Pobreza y Marginación: el Barrio de las ranas, 1887-1917” en Gutman, Margarita y Reese, Tomás (comp.); *El imaginario para una gran capital*, Buenos Aires, Buenos Aires, UBA, Colección CEA, EUDEBA, 1999

⁷ José Gobello, *Vieja y nueva lunfardía*. Buenos Aires: Freeland, 1953, pág 202.

⁸ Luis Martín, “El barrio de las Ranas...”

establecimiento, dando desde ya una ocupación a esos infelices”. Se refería a los seguidores del cacique pampa Cipriano Catriel, quienes pidieron al Gobierno que les asignaran las tierras que les habían sido prometidas para instalarse con sus familias. Como solución provisoria, se había permitido el asentamiento de algunas tribus en una parcela situada al Sur de los Mataderos (Parque Patricios), lugar donde anteriormente se habían instalado otros indígenas⁹.

Según Prignano también fue empleada gente del interior del país que había migrado hacia Buenos Aires en búsqueda de mejores condiciones de vida y que se ocupaban de aquellas tareas que no querían hacer los porteños¹⁰. Por su parte, Guevara sostiene que no existen dudas sobre un constante intercambio entre el pueblo de las ranas y los corrales vecinos¹¹.

Es de destacar las cercanías que hasta bien entrado el siglo XX tenían los mataderos y los vaciaderos de residuos. Es por ello que parece posible que las personas dedicadas al aprovechamiento de los desperdicios de mataderos lo hayan hecho en las quemas o hayan asistido a ellas en búsqueda de otros elementos.

Según Martín¹² la afluencia al vaciadero fue masiva al terminarse la guerra de la Triple Alianza (después de 1870). “Los terrenos del bañado guaraní eran más peligrosos que este nuevo relativo tembladeral...”. “Aquí el enemigo visible estaba organizado en guerrilla y formado por moscas, mosquitos, perros o ratas pero los ataques eran esporádicos y de los invisibles: no eran para asustarse ya que la pestilencia y los microbios no eran superiores a los enfrentados en los esteros de Curupaití, Boquerón o Humaitá y como en aquel pudridero, existía cierto compañerismo contribuyente a hacer tolerable la vida”. También fueron pobladores de la zona ex-ocupantes de los huecos, provincianos y “gringos”.

No existe constancia de la “quema” en los censos de la época (los que nos habla de la negación que existía sobre esta población), pero sí existen datos sobre los corrales vecinos. A partir del análisis de ellos infiere que la población de la quema estaría formada principalmente por personas de origen criollo. Según Huret¹³ “estos *palacios* y casuchas están habitados por algunas negras, mestizos, europeos e indígenas. Se ve toda aquella población compuesta de rufianes y prostitutas, de truhanes y libertarios,

⁹ Luis Martín, “El barrio de las Ranas...”

¹⁰ Ángel Prignano, *Crónica de la basura porteña*, Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, 1998. pág. 133.

¹¹ Celia Guevara “Pobreza y Marginación...”

¹² Luis Martín “El barrio de las ranas...”

¹³ Jules Huret, *De Buenos Aires al Gran Chaco*. Buenos Aires: Hyspamerica, [1911] (1986) pp. 56.

sentados á la puerta de sus casuchas tomando el *mate* en la calabaza seca en que se guarda la benéfica infusión, que aspiran á través de un largo tubo de metal”.

Es difícil precisar quiénes ahí vivían, aunque a partir de la lectura de diversas fuentes es posible afirmar que los trabajadores de la quema formaban parte de este conglomerado. El doctor Felix Silvera, ex practicante interno del hospital de los Corrales, durante los años 1898 y 1899 realizó una tesis sobre la etiología del tétano¹⁴. En ella, hace una descripción del lugar de la quema, en la cual da cuenta de que los trabajadores y su familia vivían en la “quema” o en sus adyacencias:

“es necesario entren en un cuartujo de estos, donde muchas veces el médico para ver á un enfermo ha tenido que hacer destechar para hacer la visita: donde se ha llegado el caso de encontrar cerdos en el mismo cuarto del enfermo; es necesario entrar en estas viviendas para tener una idea del desaseo y de las acumulaciones de inmundicias que en ellas se hacen. Muchos de los individuos que trabajan en la “quema” y sus familias se visten y comen de lo que recogen en las basuras. He tenido la ocasión de asistir dos casos de intoxicación, siendo uno de ellos producido por la ingestión de un tarro de dulce de leche sacado de un carro de basura, y el otro producido por haber comido tallarines de la misma procedencia: no es raro ver entre las inmundicias de los cuartos á que antes me he referido, sartas de gallinas, quesos, latas de conservas todas en mal estado y procedentes de las basuras que guardan para alimentarse, pero debo advertir que algunos de estos alimentos proceden de las casas y restaurants, han sido apartados ya por el basurero del resto de la basura que conduce su carro; trayéndolos envueltos en papeles que ha sacado de la misma y así acondicionados son colocados en una bolsa y depositados sobre las basuras que conduce hasta llegar á su destino, de donde los lleva á su casa para alimentarse con ellos”¹⁵.

Más allá de la dureza de la cita, aparece aquí un hecho, al que no se le ha dado la suficiente importancia en relación a la actividad: nos referimos a la relación casi “natural” que existe entre el “cirujeo” y los trabajadores del sistema “formal”. Concretamente, si bien en la bibliografía referida al tema, habitualmente estos espacios aparecen escindidos - por un lado los trabajadores pagos (en este caso peones) y, por otro, los “cirujas”- generalmente aquellos que se dedicaron a la recolección dentro del sistema formal, han buscado en ella materiales para luego vender o utilizar. Siguiendo a Martín, esta práctica no era sólo patrimonio de los que trabajaban en la quema.

“Los numerosos almacenes de la barriada eran los depositarios provistos de artículos recolectados y cuyo patrimonio era de difícil guarda, para los conductores, dentro del recinto municipal. Cuadros rotos, sillas y mesas con amputaciones, lámparas con fanales rajadas, jaulas desvencijadas, estatuas cercenadas,

¹⁴ Citado en Antonio Piñero et. all “Tratamiento y eliminación...” pág. 13.

¹⁵ Antonio Piñero et. all “Tratamiento y eliminación...” pág.: 26-28.

calentadores “primus” dañados y toda aquella utilería de la “bella época” deformada constituía el “tesoro” depositado en el boliche a la espera de la vuelta del carrero, cuando aliviado podía tomar la merecida grapa y retirar su mercadería”¹⁶.

Junto a los “peones de la quema”, el barrio era habitado por los marginales y excluidos de entonces. Negros, criollos, inmigrantes sin oficio, prostitutas, carreros, borrachos y asesinos¹⁷, es decir, el lugar no sólo era un depósito de los desperdicios, si no el hábitat de las personas estigmatizadas, sin empleo o delincuentes.

Como sea, hacia fines del siglo XIX comenzó a cuestionarse severamente la falta de higiene y condiciones de salubridad que generaba el sistema de “quema al aire libre” y las condiciones del barrio formado en su entorno. En este contexto, hacia 1911 la “quema” se suprimió y en su lugar se construyó el “Horno Provisorio de Nueva Pompeya”, que se inauguró en 1910¹⁸.

Para 1905, la Compañía General de Ferrocarriles de la Provincia de Buenos Aires (Metropolitano, ex- Gral. Sarmiento) comenzó el tendido de vías para atender la zona sudoeste. Se construyó una estación con un extenso playón para maniobras. Todo esto modificó la geografía y posibilitó el control de la policía ferroviaria los cuales comenzaron a ejercer controles sobre la zona¹⁹.

Finalmente los pocos moradores del pueblo –que habían disminuido con el cierre de los Corrales Viejos, primero, y con la “quema” después- fueron desalojados por orden municipal en 1917. La policía identificó a los que pudo y destruyó todo lo plantado y las casas. Luego, se trasladó masivamente a los galpones abandonados de la jabonería de Seeber en Monteagudo y Tupungato (Pedro Chutro). El campamento fue conocido irónicamente por el nombre de Asilo Policial, y adquirió mala fama. Así, muchos ex-raneros pasaron a vivir en el Barrio de Parque de los Patricios. Muchos otros, siguiendo la línea de la basura y los tendidos de las vías, fueron a poblar las villas “Soldati”, “Lugano”, “Madero” y “Tapiales”²⁰. Muchos otros fueron a ocupar los sectores adyacentes del Cementerio de Flores, donde para la época se había abierto un vaciadero.

¹⁶ Luis Martín “El barrio de las ranas...” pág.: 7.

¹⁷ Enrique García Velloso, *En el barrio de las ranas. Documentos para la historia del teatro nacional* 8. Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, [1910] 1985, pág.: 91-92.

¹⁸ Éste formaba parte de un proyecto general aprobado en 1909 según el cual debían construirse cuatro usinas provisorias: una en la parte céntrica de la Ciudad, dos al norte y dos al sur, otra en Flores y otra en Belgrano. De las cuatro, solo la de Pompeya fue construida.

¹⁹ Luis Martín “El barrio de las ranas...”

²⁰ Luis Martín “El barrio de las ranas...”

Hacia una nueva “quema”

Como dijimos, el sistema de quema que se venía desarrollando conllevó diferentes inconvenientes, era antihigiénico y no lograba deshacerse de los residuos. En ese contexto, en el año 1899 el Intendente Adolfo Bullrich solicitó a una comisión de especialistas para que se expidiera sobre la mejor forma de dar tratamiento final a los residuos domésticos y a aquellos que hoy llamaríamos “peligrosos”. La comisión debía investigar los sistemas usados en las distintas ciudades del mundo y estudiar la cantidad, naturaleza, composición y combustibilidad de las basuras para analizar sus posibilidades de reutilización comercial.

Por ese entonces, los sistemas internacionalmente sugeridos para tratar los residuos eran: arrojarlas a los mares o ríos; promover mecanismos para su reutilización como abono agrícola o insumo industrial; el sistema *Arnold*, que sometía las basuras a vapor de agua y rescataba como producto abono o grasa; o destruirlas por fuego o incineración²¹.

La Comisión descartó las tres primeras opciones. La primera por considerarla altamente contaminante, la segunda porque el uso de residuos para abono agrícola o industrial sólo podía realizarse tomando todos los recaudos sanitarios para no menoscabar la salud pública, y en cuanto al sistema *Arnold*, porque el tipo de abono o grasa que generaba no era utilizado por la industrial local.

Al calor de este diagnóstico, la Comisión rechazó los proyectos orientado a la separación de los desechos con fines de abono agrícola o uso industrial, lo mismo que las propuestas empresariales dirigidas a hacerse cargo del tratamiento de los desechos a cambio de la comercialización de elementos reutilizables y aconsejó, sin más, la adopción del sistema de “cremación radical”, es decir, un método de incineración absoluta de la basura, mediante usinas incineradoras.

La primera se construyó en 1911 en el sitio en donde antes había funcionado la Quema, mientras que las otras se instalaron en la década del '20. El 6 de abril de 1926 una ubicada en la calle Rodney 299, en el barrio de Chacarita y en abril de 1928 una en Flores, en Varela 555. Por fin en 1929 se edifica otra entre las vías del Ferrocarril General Belgrano, Amancio Alcorta, Zavaleta y las continuaciones de Monteagudo y Lynch.

²¹ Antonio Piñeiro et. all “Tratamiento y eliminación...”, pág.: 146.

A partir de este momento, el tratamiento de los residuos de la ciudad de Buenos Aires se realizó mediante dos mecanismos que actuaban en paralelo: la incineración y el vaciadero. Mientras que, como ya dijimos, el primero implicaba la incineración total de los residuos, el segundo consistía en desparramar los desechos en un terreno abierto, para dejar que allí actúen los agentes naturales, atmosféricos y vivos destruyendo los residuos²². Este sistema rigió durante aproximadamente cincuenta años.

Siguiendo un informe de la Comisión formada en 1947 para estudiar el problema de la basura, en la ciudad de Buenos Aires, habían existido los siguientes vaciaderos:

Antiguos vaciaderos de Buenos Aires

Nombre	Ubicación	Funcionó durante los años
Club Gimnasia y Esgrima	Palermo	1920-1927
Corralón Palermo	Av Sarmiento y vías del Ferrocarril	1943 –1946
Canning	Canning y vías del Ferrocarril	1927-1938
Echeverría	Echeverría y Pte. Figueroa Alcorta	1915 –1943
River Plate	Pte Figueroa Alcorta y Udaondo	1938-1943
Coronel Roca	Av Roca, de Centenera a Lafuente	1938-1940
Usina Pompeya	Av Alcorta y Pepirí	1917-1920
Santo Domingo	Elía y Santo Domingo	1938 -1947
Dorrego	Dorrego y vías del Ferrocarril	1943 –1947
Ramallo	Ramallo y O'Higgins	s/f
Cobo	Av Cobo y Curapaligüe	1932- 1933
Palermo	Av Sarmiento y vías del Ferrocarril	1938-1943
Pampa	Pampa y vías del Ferrocarril	1946-1947

Fuente: Problema de la basura en la ciudad de Buenos Aires. Informe de la Comisión designada para su estudio - 1947

De todos ellos, uno de los de mayor extensión fue el ubicado en el Bajo Flores. Nos referimos a él en el punto siguiente.

El vaciadero del Bajo Flores

Como dijimos, uno de los vaciaderos más importantes existió en el sur de la ciudad, en el Bañado del Bajo Flores, entre las calles Cobo y Curapaligüe hasta Avenida del Trabajo y Lacarra. Se trataba de una zona inundable que comenzó a utilizarse para

²² Carlos Danieletto, Atilio Di Baja, Alfredo Piquero, César Rocco Perna, y Gastón Manigot, *Problema de la basura en la ciudad de Buenos Aires. Informe de la Comisión Especial designada para su estudio por decreto N° 6636/945*, Buenos Aires, Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, 1947, pág. 80.

descargar y depositar residuos, en la cual el cirujeo se extendió durante más de treinta años.

Antes de su utilización como depósito de residuos, el lugar era un ecosistema prístino donde abundaban las nutrias, bagres, ranas, flores silvestres y todo tipo de pájaros autóctonos²³.

Tanto para Prignano, como para de la Torre²⁴, la topografía de la zona contribuyó a que quedara relegada hasta bien entrado el siglo XX. De la Torre afirma que se trataba de una zona de terrenos bajos, ubicadas casi en su totalidad por debajo de las curvas del nivel de 10 metros de altitud, bordeada por el Riachuelo y surcada por el arroyo Cildañez,²⁵ lo que la configuraba como terreno inundable. Ello, unido a la ausencia de una efectiva acción municipal en la zona, relegó el área al lugar de suburbio durante largos años. Un relevamiento municipal de los años 1959-1960 mostró que la zona exhibía los índices de urbanización más bajos, el más alto déficit de servicios de cloacas y el mayor número de calles sin pavimentar, sin medios de transportes y centros comerciales, con el valor de la tierra más bajo de la ciudad (veinte veces menos que en Belgrano o Barrio Norte).

Estas características hicieron que el Bajo Flores fuera elegido por las autoridades públicas para instalar el horno crematorio ubicado en la calle Varela al 500 y para hacer funcionar en la zona alemana, el vaciadero municipal en donde se trataban los residuos que no llegaban a tratarse en el horno incinerador.

La primera referencia de la existencia de un grupo poblacional ubicado en la zona, aparece en el diario *La Nación* del año 1913. Allí se informa que un grupo de los antiguos habitantes del “barrio de las ranas” de la calle Monteguado, que fueron desplazados por las autoridades municipales, se asentaron en nuevo pueblo ubicado en la calle Varela y los fondos del cementerio de Flores al sur y al oeste, ocupando una extensión de entre 8 a 10 hectáreas²⁶.

Con el paso del tiempo, y al calor de diferentes factores como, la falta de políticas públicas orientadas a valorizar la zona (que sólo van a concretarse a partir de los años '60), el crecimiento poblacional del área por las migraciones internas que se produjeron

²³ Ángel Prignano, *El Bajo Flores. Un barrio de Buenos Aires*. Buenos Aires: Junta de Estudios Históricos de Flores. pág.: 48.

²⁴ Lidia de la Torre, “La ciudad residual”. En Romero, José Luis y Luis Alberto Romero (dir.) *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*. Tomo 2. Buenos Aires: Abril, 1983.

²⁵ El arroyo Cildañez nace en Tapiales (La Matanza) y, dentro de la ciudad de Buenos Aires actualmente recorre las calles Tandil, Remedios e Intendente Rabanal.

²⁶ “Nuevo barrio de las ranas” en *La Nación*, 13 de septiembre de 1913.

a partir de 1914 y la expansión industrial que tomó el área y los partidos colindantes del Gran Buenos desde 1930, se fueron ocupando cada vez más tierras del Bajo Flores, a la vez que urbanizando otras. El sur de Villa Soldati, Villa Lugano y Villa Riachuelo fueron las que más se consolidaron y fueron conocidas como la “quema del bajo flores”, llegando a ser en 1977 el segundo basural más grande del mundo²⁷.

¿Quiénes y cómo realizaban la tarea en la “quema” del Bajo Flores?, ¿qué tipo de residuos recogían y cómo se comercializaban?

Dada la falta de fuentes referidas a la quema del Bajo Flores, la reconstrucción de las modalidades de “cirujeo” fue realizada centralmente en base a los pocos artículos que tratan el tema, a testimonios de cirujas que trabajaron allí, a datos extraídos de revistas de época que se refieren al asunto e incluso en base a películas que exhiben la forma en que se “cirujeaba” en la quema²⁸.

En cuanto a la recolección, a partir de los testimonios tomados a cirujas y trabajadores de la Quema, la hemos descrito de la siguiente manera²⁹. El camión pasaba por la calle Lacarra una y otra vez, lleno de olores, colores, elementos de distintos tamaños. Una vez, cargado y otra, vacío. Un chofer y cuatro peones transitaban la misma ruta varias veces por día yendo de los barrios a la *Quema*. Dos, arriba del camión recibían las basuras. Dos abajo, uno de cada lado, corrían por la ciudad alcanzando los tachos, cajones de verdura o fruta a los de arriba. Éstos devolvían a los de abajo el tacho para que éstos los dejen dónde los habían encontrado. ‘Antes no había bolsita’. El camión constaba de dos compuertas corredizas en el techo que se iban llenando de atrás (el más cercano a la cabina) hacia adelante. No eran camiones que compacten la basura como son los de ahora. Solamente se arrojaban los contenidos de los sucios tachos dentro del camión. Mientras recorrían la ciudad los de arriba solían ir “cirujeando”, separando en bolsones todo lo que pudiese luego ser vendido³⁰. Después se repartía la mercadería recolectada. Claro que debían dejar la carga diferenciada antes del control municipal, “antes de llegar a la balanza”.

Una vez llegados al vaciadero de Lacarra y Cruz, los camiones recolectores debían pasar el visado del inspector municipal, que entregaba un *ticket* que marcaba el peso llevado por cada una de las empresas recolectoras que descargaban en el lugar. Según

²⁷Oscar Oszlak, *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*, Buenos Aires, CEDES-HUMANITAS, 1991, pág.: 240.

²⁸ Nos referimos a la de Francis Lauric *El hombre señalado* de 1957.

²⁹ Mariano Perelman, “Notas sobre el cirujeo porteño”, en *Avá. Revista de Antropología* 12, 2008, (en prensa).

³⁰ El cirujeo mientras se realizaba la “recolección formal” parece haber sido una práctica habitual.

cuentan varios cirujas, el propio inspector municipal separaba los camiones con mejores cargas de residuos reutilizables, y tenía bajo su control un grupo de cirujas que se encargaba de separar los desechos, antes de que ingresen al vaciadero.

Luego de ello, los camiones ingresaban y comenzaba la tarea por parte del resto de cirujas. Los camiones recolectores de la época – mecanizados desde el año 1926 – se caracterizaban por tener un cuerpo central en el que se cargaba la basura, y que volcaba hacia atrás para descargar los residuos sobre los terrenos del vaciadero.

Las operaciones de separación se realizaban en el mismo momento en que el camión volcaba los desechos, y las efectuaba un “clan” de cirujas dirigidos por un “capanga” que tenía bajo su dominio un área territorial en donde había “plantado bandera”, es decir, había delimitado una zona de recolección en donde sólo él y su grupo podían revisar y clasificar la basura. El área de influencia quedaba señalada por una improvisada asta, sobre la cual se enarbolaba un trapo viejo (“plantar bandera”), a modo de demarcación del territorio del clan. El control territorial se sostenía sobre la base de la violencia, y sólo el uso de mayor grado de violencia o el “soborno” podían asegurar alguna coparticipación en los residuos recolectados³¹.

Al igual que en todos los basurales y quemas que existieron a través del tiempo, en el vaciadero del Bajo Flores se separaban esencialmente papeles, cartones, metales, vidrios y trapos. Los mismos eran recogidos por los miembros del “clan” y, ya separados, cargados en bolsas de arpillera en donde se acarreaban hasta la puerta del vaciadero, en donde los camiones compradores de estos elementos se encargaban de comprar los elementos recuperables.

En este sentido, el artículo de la revista *Atlántida* citado párrafos arriba, da cuenta del circuito de compra y venta de desechos que se formó al calor de la quema del Bajo Flores, y de sus formas operativas. El artículo, lo describe así:

“La quema es, en principio, un gran negocio. (...) Si lo sabrán los intermediarios que mercan vidrio, el cartón, los trapos y los metales!. Una serie de fábricas – algunas ocupan más de cien obreros – se surten diariamente del basural, abriendo sus galpones para recibir caravanas de camiones y carros con la mercadería cuidadosamente especificada: aquí trapos que serán procesados y sometidos a un proceso de limpieza. Allá, los metales que ingresan a la fundición (y si son de cobre, contra lo que diga el refrán, mejor cotizados)”

“Los tentáculos de esta industria pujante son esos desarrapados seres que pululan en la quema. Están divididos en clanes, y éstos, a su vez, en grupos familiares y

³¹ Emilio Petcoff, “El mundo prohibido de los cirujas” en revista *Atlántida*, Año 48 N° 1184, octubre de 1965, pág.: 23.

asociaciones no protocolizadas en dos o tres individuos que trabajan para un solo intermediario. El ‘canario’, por ejemplo, abastecía a un tal ‘Tincho’ con latas y tarros de conserva. ‘Tincho’ comenzó hace dos años con un destartado Ford y ahora es dueño de tres unidades último modelo”³².

Tal como se desprende del testimonio, alrededor de la “quema” se fueron ubicando galpones y depósitos dedicados a la compraventa de desechos (cartones, papeles, metales, trapos), que, según nuestra hipótesis, no sólo se instalaron por la cercanía al vaciadero, si no que moldearon sus formas operativas siguiendo el ritmo de carga y descarga de la “quema”. En este sentido, el testimonio del dueño de uno de los depósitos de compraventa de papel que aún existe en Soldati, describe los pormenores de la actividad:

“-Llegué a Soldati por un hombre que había comprado una papelera. Era un depósito que le compraba al cirujeo. Hacían fardos. Y yo le compraba los fardos y los llevaba a la fábrica.

-¿Empezó en la ‘quema’ usted?

-Claro, porque el señor para el que yo trabajaba tenía una vidriería. Después compró una papelera...cuando yo empecé con él, iba a juntar botellas.

-¿Cómo era la ‘quema’?.

-La ‘quema’ era un montón de tierra y basura. Entraban los camiones municipales, y tiraban ahí todo. Se estaba prendiendo fuego todo el tiempo.

-¿Pero cómo hacía, gritaba ‘compro papel’, cómo era...?

-No...Si estaban ahí. Ya se conocía. Juntaban papel, hacían lienzos y lo ponían ahí. Uno iba con el camión, lo cargaba y chau...”³³.

Como dijimos, los galpones de compraventa de residuos modelaron sus formas de operar en función de la “quema”, ya que, concretamente, la compraventa de los desechos se realizaba con camiones que llegaban a los bordes del lugar para comprar y cargar los fardos de papel, cartón y trapos que habían juntado los “cirujas”. En los límites de la “quema” se compraban los residuos que los “cirujas” recogían en el interior, se cargaban en camiones y se trasladaban a los depósitos cercanos o directamente a las fábricas compradoras de este material.

Sin embargo, la proliferación de depósitos de compraventa de residuos en el Bajo Flores no se debe únicamente a la “quema”, sino también al fuerte impulso que tomó la zona sur como área de desarrollo industrial desde los años ’30. Un informe de la Dirección General de Obras Públicas y Urbanismo señala que para el año 1945, la ciudad de Buenos Aires poseía el 41,2% de los establecimientos industriales de la

³² Emilio Petcoff, “El mundo prohibido...” pág.: 23.

³³ Verónica Paiva y Mariano Perelman, Entrevista tomada a dueño de Papelera en la zona de Soldati”, abril de 2008.

República, ocupaba el 50,1 % de los empleados industriales y el 41,2% de los obreros³⁴. En los mapas que siguen puede verse que, si bien los establecimientos industriales están diseminados por toda la ciudad, existe una fuerte presencia de industrias en la zona sur, que se extiende hacia los partidos colindantes del Conurbano Bonaerense. Respecto de este tema, Bourdó³⁵ agrega que las zonas industriales se organizan primero hacia el sur, de Avellaneda a Quilmes y a Lomas de Zamora, y luego hacia el noroeste, de Morón al Bajo Paraná.

De este modo, es posible afirmar que la expansión de los galpones de compraventa de desechos se debe a varios factores: su configuración como área industrial, la cercanía de las empresas compradoras de material reutilizable (papeleras, vidrierías, fábricas de alimentos) en los partidos colindantes del Conurbano Bonaerense y la propia presencia de la “quema”, que motorizó la instalación de los depósitos, pero además y esencialmente, modeló las formas operativas del sector informal.

El otro factor importante para comprender la presencia de depósitos y la manera en que se realizaba la actividad, son las políticas públicas sobre gestión de los residuos, las que si bien ponían constantemente en crisis la existencia del cirujeo, eran las mismas que habilitan la existencia de una zona gris en la que actuaban cirujas, empleados municipales e intermediarios.

Hacia la década de 1940 - cuando el tratamiento oficial de los residuos se efectuaba por cremación - el optimismo inicial por la efectividad de los hornos crematorios decayó, debido a su baja capacidad de cremación y alto nivel de contaminación que generaba. En 1947 se formó una Comisión Especial para el estudio de las basuras de la Ciudad de Buenos Aires, que tal como aquella formada en 1899, volvió a pasar revista de los sistemas utilizados internacionalmente para tratar los residuos. Respecto de ellos, la Comisión dio cuenta de los siguientes métodos: eliminación por vaciadero; por vía marítima; por cámara zimotérmica (fermentación), por incineración y por selección manual o mecánica, es decir, por sistemas de selección que aseguraran la separación de elementos orgánicos e inorgánicos reutilizables, antes de la cremación.

A pesar de ser una de las opciones previstas en el menú internacional utilizado para el tratamiento de los residuos, la Comisión rechazó de plano la separación manual, por considerarla insalubre, y también la mecánica, por entender que no aseguraba una

³⁴ Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires; *Planeamiento de Buenos Aires. Información Urbana*, Buenos Aires, Dirección general de obras públicas y urbanismo. Departamento de urbanismo, 1945, pág. 5.

³⁵ Guy Bourdó, *Buenos Aires: Urbanización e Inmigración*, Buenos Aires, Huemul, 1977, pág 235.

correcta selección de los elementos y porque la cantidad de residuos que se recuperaban no justificaba el gasto en inversión. La Comisión aconsejó el mejoramiento de los hornos crematorios vigentes, y tal como su par de principios del XX, volvió a sugerir la “cremación radical” de los residuos³⁶.

De este modo, y al ritmo de estas decisiones oficiales ancladas en el tratamiento total y radical de los residuos, el vaciadero y el basural formado a su alrededor siguieron creciendo y la separación informal (lo que la comisión describe como insalubre) continuó realizándose y proveyendo de materia prima a una gran cantidad de industrias. Alrededor de la “quema” se instalaron depósitos y fábricas, pero también villas de emergencia pobladas mayoritariamente por los migrantes internos que hacia la década del '30 llegaron a la ciudad atraídos por las expectativas laborales que prometía el comienzo de la sustitución de importaciones. Cerca de los años '40 y '50, en las proximidades del vaciadero se instalaron distintas villas de emergencia cuyos habitantes subsistían, en buena medida, de la venta de los residuos. Entre otras, “Fátima” (Villa 3), tiene este origen. Pero además de las personas que vivían en las villas y trabajaban en el basural, existían otros tantos que “ranchaban”, es decir, vivían en la misma quema, en ranchos construidos con plásticos, “en”y “sobre” la basura.

La existencia de la “quema del Bajo Flores” puede situarse entre los años '20 y hasta el '77, época en que con la creación de la Coordinación Ecológica del Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE) se dispuso la clausura del vaciadero y de los hornos crematorios, se estableció al tratamiento “total” de los residuos por relleno sanitario y prohibió taxativamente el “cirujeo”.

La creación del CEAMSE erradicó casi totalmente el “cirujeo” y los basurales de la ciudad de Buenos Aires y reconfiguró las formas operativas del circuito de intermediación que sobrevivió al cierre de la “quema”. Al clausurarse el lugar, los “cirujas” modificaron las formas de recolección, y comenzaron a utilizar los carros empujados con las manos o tirados por caballos, recogiendo la basura reutilizable de origen residencial (de las casas y comercios), que luego vendían en los depósitos de compraventa que estaban instalados en la zona.

Si bien no hay mapas referidos a la ubicación de los depósitos hacia 1970 (o antes), el gráfico y el mapa que acompañamos a continuación - elaborados por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en el año 2006 - dan cuenta de la impronta que dejaron las

³⁶ Carlos Danieletto, et. all. *Problema de la...* pág.81-118.

“quemadas” en la zona sur de la Ciudad, ya que la mayoría de los depósitos de compraventa de residuos, continúan – aún hoy – instalados en los barrios de Nueva Pompeya y Villa Soldati.

Comentarios finales

El crecimiento de la ciudad durante el último cuarto del siglo XIX generó la necesidad de buscar tierras alejadas del tejido urbano. Las tierras elegidas estaban ubicadas hacia el sur, en las cercanías del riachuelo, con poco valor económico y deshabitadas. En este proceso se logró alejar a los residuos de la zona céntrica así como a los habitantes de los huecos que junto con otros sectores marginales fueron conformando el Barrio de las Ranas. En él convivían desempleados, lisiados, ex combatientes, delincuentes, con trabajadores formales del sistema de recolección que, entonces, constaba de la separación de materiales recuperables y su posterior “quema en parrillas al aire libre”. El trabajo de los cirujas no era diferente al de los peones de la quema, y una vez recolectado, ponían en un lienzo los residuos y luego los vendían. Las condiciones sanitarias eran totalmente deficitarias. Los hombres, mujeres y niños que allí vivían hacían sus casas con los materiales encontrados en el predio. Su vida transcurría completamente en la quema, alejados del resto de la ciudad de la cual estaban unidos por un largo camino transitado por carros lleno de desperdicios.

Puesto en cuestión el sistema, por la falta de higiene y condiciones de salubridad que generaba la “quema al aire libre”, así como las condiciones del barrio, se comenzaron a utilizar hornos con el objeto de continuar cremando los residuos, todos ellos ubicados en sectores marginales de la ciudad. Al mismo tiempo, se buscaron lugares para seguir depositando la basura a cielo abierto. Ahora, las elegidas fueron los “Baños del Bajo Flores”, también alejadas del centro porteño. Si hasta las primeras décadas del siglo XX la zona era un importante ecosistema prístino, el constante depósito de residuos transformó completamente el lugar. Con el paso de los años el vaciadero del Bajo Flores, se convirtió en un inmenso basural a cielo abierto donde nuevamente los cirujas encontraron su medio y lugar de vida. En sus alrededores se instalaron galpones, depósitos y fábricas, que compraban y vendían los desechos que los cirujas recolectaban. Al mismo tiempo, estos establecimientos moldearon sus formas operativas al calor del ritmo de carga y descarga de la “quema”, dándole a la zona sur de la ciudad una fisonomía particular. Además, se fueron creando villas de emergencia pobladas

mayoritariamente por migrantes de las provincias que arribaron a la Ciudad en busca de mejores condiciones de vida, pero muchos de los cuales, paradójicamente, terminaron trabajando en las basuras porteñas.

El cierre del vaciadero del bajo Flores en 1977, y la creación del CEAMSE, marcaron un hito en la historia del cirujeo. Junto con los basurales, se erradicó casi totalmente el cirujeo de la ciudad de Buenos Aires, al tiempo que reconfiguró la fisonomía de los barrios de la zona sur y las formas operativas del circuito de intermediación que buscó sobrevivir al cierre de la “quema”. Con el cierre de la quema aparece la forma actual de cirujear, esto es, con los carros empujados con las manos o tirados por caballos, recogiendo la basura reutilizable de origen residencial por las calles de la ciudad. Si bien durante años - fines de los '70 y los años '80 - se trató de una modalidad circunscripta a la zona del ex vaciadero del Bajo Flores o sectores específicos de la población como los habitantes del Albergue Warnes³⁷ la crisis social y económica del año 2001 volvió a arrojar a estos sujetos al centro de la Ciudad, es decir, al mismo lugar del que todas las políticas implementadas durante más de un siglo, habían pretendido alejarlos.

³⁷ Nélida Giráldez, *El Ciruja*, Buenos Aires, Braga, 1993.